



La identidad como indagación

Una conversación con Margo Glantz
a partir de su libro *Las genealogías*, México 1981
(10 de mayo de 2014)

por Emilia Perassi

Margo Glantz Shapiro, escritora mexicana conocida y reconocida, es también traductora, crítica literaria, profesora emérita de la Universidad Nacional Autónoma de México (1994) y miembro de número de la Academia Mexicana de la lengua desde 1995. Es autora de numerosos libros de ensayo y narrativa creativa, así como de una abundante obra académica y de artículos periodísticos como columnista de *La Jornada*, *Babelia* y otras publicaciones. Ha obtenido las becas Guggenheim y Rockefeller, el premio Magda Donato (1982) por su libro *Las genealogías*, el Premio Xavier Villaurrutia (1984) por el ensayo *Síndrome de naufragios*, el Premio Nacional de Ciencias y Artes 2004 en el campo de lingüística y literatura, el Premio Sor Juana Inés de la Cruz (2004) por su novela *El rastro*, el Premio FIL en Lenguas Romances (2010), entre muchos otros. Su escritura se mueve entre distintas disciplinas, diversos géneros y culturas. Seguramente el haber nacido y crecido en una familia judío ucraniana, sus padres emigraron a México en 1920, le abrió las puertas a otros mundos, a otras culturas. En su autobiografía familiar, *Las genealogías* (CASA ED., México 1981) rastrea los orígenes centroeuropeos de su familia tejiendo a través de la memoria – individual y familiar –, esa historia de exilio que le pertenece.

E. Perassi: En tu libro *Las genealogías* aparece el tema de la pertenencia. Reconoces, en algún momento, sentir una fuerte atracción por ese mundo judío en el que vivieron



tus padres, pero admites, al mismo tiempo, no pertenecerle, o pertenecerle "desde una parte aletargada de mí misma, la que me toca de cercanía con mi padre, niñito campesino, Benjamín de una familia de emigrantes...", ¿qué es para ti el sentido de pertenencia?

M. Glantz: Es difícil definir qué sentido tiene el deseo de pertenencia, aunque me parece natural. Es una pertenencia ambigua y vacilante, sin embargo: soy hija de inmigrantes ucranianos que provenían de un país distinto al de hoy, primero la Rusia zarista, luego la Unión soviética socialista. Yo no viví en el país donde nacieron mis padres, no conocí sus costumbres ni su lengua ni su paisaje, y quizá sí, en cierta medida, su comida, porque mamá la preparaba en México. Sé que soy judía, sé que soy mexicana, me identifico totalmente con el judaísmo, con la tradición judía que conozco mal, pues no conozco muchas de las costumbres tradicionales, ni la Biblia, pero me identifico con mis padres, con las grandes figuras de judíos que me apasionan como Walter Benjamin, Hannah Arendt, Paul Celan, Joseph Roth, Isaac Babel, Broch, Stefan Zweig, Franz Kafka, Vasilli Grossmann y, de una manera culposa, con el Holocausto, pero no me siento pertenecer a las comunidades locales ni tampoco a Israel, aunque creo firmemente en el derecho a existir del estado judío y también del palestino.

Por otra parte mi vinculación principal es con México, donde crecí y hablé solamente en español, mi lengua materna, aunque no fuera la lengua – o lenguas – materna de mis padres, que eran, así lo creía yo, el ruso y el idish.

Mi padre vivió su infancia en un ghetto, situación completamente aniquilada por la Historia: los pogroms, la Revolución y el nazismo. Mi madre creció en Odesa, como una niña judía de clase media: dos procedencias, y sin embargo ambos genuinamente judíos. Se conocieron gracias a la Revolución rusa y acabaron emigrando a México debido a las complicaciones que surgieron en la Unión Soviética y a que varios de mis tíos, los hermanos mayores de mi padre, habían emigrado a los Estados Unidos a principios de siglo XX, debido a las persecuciones; ellos ayudaron a mis padres a trasladarse de Europa a América, como lo cuento ampliamente en *Las genealogías*. Mi identidad, como dice en un texto sobre mi libro, Adriana Kanzevolski, "surge como un intento de indagar – no de cancelar, entiéndase bien – la inestabilidad que se reconoce como condición propia".

E. Perassi: En la construcción de las genealogías recurre a los recuerdos de tus padres, que se tejen con referencias o textos de autores que han sido y son significativos para ti, como Isaak Bábel e Isaac Baschevis Singer, ¿podríamos afirmar que la memoria biográfica te llega de fuente paterna y la memoria simbólica de fuente literaria? (dicho de otra manera, ¿qué papel juega la literatura como parte de una memoria individual y colectiva con la cual construir *Las genealogías*?)



M. Glantz: La memoria afectiva o biográfica, como tú la llamas, me viene de mis padres. Pero es una memoria fragmentaria, poco organizada, aunque visceral. Para colmar los vacíos, me hacía falta acudir a la literatura, que por otra parte forma parte de mi biografía personal: desde muy niña viví más inmersa en los libros que en la vida real, me dieron fuerza y la posibilidad de vivir miles de experiencias que de otra forma nunca hubiera podido conocer. La literatura me ha formado y es a la vez mi educación intelectual o simbólica, como quieras, pero es también mi educación sentimental, en el sentido que le dio Flaubert en su novela; me es difícil separarlas en el sentido que tú le das a tu pregunta.

E. Perassi: Muchos de los recuerdos con los que construyes las genealogías tienen que ver con experiencias dramáticas de persecuciones contra los judíos, de pogroms, de migración obligada, ¿no crees que en este sentido recordar es abrir al dolor pasado? ¿Tiene sentido volver con la memoria a esos episodios?

M. Glantz: La historia judía es una historia sucesiva de catástrofes, de persecuciones, de exterminio, de exilios, ¿cómo podría no tenerlo en cuenta? ¿cómo ignorarlo? Forma parte intrínseca de mi educación sentimental y simbólica. Viví desde los nueve años el surgimiento del nazismo: mi padre estuvo a punto de ser linchado por un grupo de pro-nazis y en mi adolescencia me llegaban noticias inciertas, pero perturbadoras, sobre los campos de concentración y el exterminio de de los judíos de Europa y, luego, desde 1945, la confirmación de todos esos hechos.

No creo en absoluto que la memoria deba o pueda aniquilarse, es necesaria para seguir viviendo, saber lo que somos, lo que fuimos, lo que seremos.

Además, es imposible no advertir a cada momento los nuevos brotes de antisemitismo, la mayoría causados por los conflictos entre Israel y Palestina, pero también por una memoria atávica que resurge de tiempo en tiempo haciendo que los judíos vuelven a ser un chivo expiatorio ideal, aunque obviamente no los únicos.

E. Perassi: Tus padres, al igual que otros muchos extranjeros que tuvieron que dejar por diferentes motivos su patria, encontraron en México un país que los acogió, donde pudieron vivir y construirse un futuro. De esta actitud de apertura ha quedado huella importante en la vida cultural, editorial y académica de México en el siglo XX, ¿cómo se percibe actualmente México respecto al fenómeno de la migración/inmigración?

M. Glantz: Quizá el fenómeno más complejo y lamentable sea el de la migración de mexicanos a los Estados Unidos que comienza hace ya mucho tiempo pero que se agrava por la mala gestión de la economía y la política de los que han gobernado mi país, de manera muy particular desde que se firmó el Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos que ha destruido casi por completo el campo mexicano. Es terrible



ver cómo en México se ha dejado de producir alimentos básicos que nos llegan ahora, importados, desde los Estados Unidos, pero que son el producto del trabajo de emigrantes mexicanos, maltratados y perseguidos por las autoridades estadounidenses.

E. Perassi: Teniendo en cuenta tus profundas raíces europeas, ¿cómo percibes desde México a Europa y cuál es tu relación con el viejo continente?

M. Glantz: Bueno, me eduqué en Francia, es decir, hice mi doctorado en La Sorbona en París; podría yo decir que mi segundo país de origen o de pertenencia es Francia y su cultura. La literatura, el cine, el teatro, las revistas, los libros, me son muy afines; mi segunda lengua es el francés, mis lecturas han sido durante mucho tiempo en francés y cada año, si puedo, voy a París a ver a mis amigos, a recorrer las calles, a comprar libros, al cine, al teatro, a los museos.

Me encantaba el París de la época en que yo viví allí, de 1953 a 1958, era un París un poco oscuro, más bien pobre, con cochecitos Quatre Chevaux, parecidos a latas de sardinas, con Sartre y Simone de Beauvoir en el *Deux Magots*, con Juliette Greco vestida de negro, con el Teatro del Absurdo: Ionesco y Becket; el Théâtre National Populaire: Jean Vilar y Gerard Phillippe; el cine Champollion que sigue allí, exhibiendo fielmente sus viejas películas; con la Bibliothèque Nationale donde hacía mis investigaciones para mi doctorado en La Sorbonne; con las miles de librerías en el Barrio Latino, con las queserías que vendían 350 distintas clases de quesos, con los que ofrecían tarjetas postales de desnudos de las obras maestras del Louvre, como si fueran fotos pornográficas, y sobre todo porque habían una conciencia política extraordinaria y surgían intelectuales de primer orden como Barthes y luego Foucault.

E. Perassi: Tus orígenes están presentes en esa alma rusa tuya que describes como encimada al alma mexicana, ¿cómo ves y sientes Ucrania, el país del cual provenían tus padres, en este momento de conflicto internacional con Rusia?

M. Glantz: Bueno, en realidad, el alma rusa me la dieron mis padres, las canciones que mi padre cantaba donde se rendía tributo al río Volga, o a los ojos negros de las rusas, el borscht, los blintzes, el recuerdo de los abuelos que no conocí, una colcha de seda bordada que perteneció a mi bisabuela, un reloj de oro de mi bisabuelo, algunas fotos, pero lo más fundamental fue la literatura, sobre todo Dostoiewski, luego Gogol, Tolstoi, Babel, Chéjov, Ahjmatova, Mandelstamm, Pilniak, Grossmann, etc.

Los conflictos actuales de Ucrania con Rusia me sobresaltan y me hacen pensar en esa eterna inestabilidad que constantemente altera las fronteras de Europa y hace revivir los odios nacionales produciendo catástrofes terribles, como en el siglo XIX, la sujeción de Polonia a Rusia (ejemplos notables en el arte: Joseph Conrad y Chopin), o



los de la antigua Yugoslavia con los cruentos combates entre croatas, serbios, kosovares, macedonios, etc, a finales del siglo XX; y ahora los que enfrentan a Ucrania con Rusia.

Una anécdota familiar me parece significativa. Cuando murió mi padre a los 80 años, el único idioma en que podía hablar era el ucraniano. Ya no se expresaba en idish, idioma que yo creía era su lengua materna. Nunca lo oímos hablar en ucraniano, sólo en ruso y en idish con mi madre. ¿Era entonces el ucraniano su verdadera lengua materna? ¿Y por qué nunca antes supimos que estaba relacionado tan fuertemente con esa lengua?

Emilia Perassi es catedrática de Literatura hispanoamericana en la Universidad *degli Studi* de Milán. Dirige la revista electrónica *Otras Modernidades* y es presidenta de la AISI, Asociación Italiana de Estudios Iberoamericanos. Sus intereses de investigación se centran en las relaciones literarias entre Italia e Hispanoamérica, la literatura de migración, la narrativa dictatorial y postdictatorial del Cono Sur desde la perspectiva del testimonio. Entre sus ensayos más recientes: "Scrittrici italiane ed emigrazione argentina" en *Oltreoceano. Donne con la valigia. Esperienze migratorie fra l'Italia, la Spagna e le Americhe*, a cura di Silvana Serafin, 6 (2012), pp. 97-107; "El Informe. El otro cruce de los Andes. El policlimático Libertador de Martín Kohan", en *Escrituras y reescrituras de la Independencia*, compilación, edición e introducción de Camilla Cattarulla e Ilaria Magnani, Corregidor, Buenos Aires 2012, pp. 315-331; "Testis, supertestes, testimonium. Colectivizar la memoria: la literatura italiana y la dictadura argentina", en *Confluencia. Revista Hispánica de Cultura y Literatura*, 29.1 (Fall 2013), University of Northern Colorado U.S.A., pp. 23-32.

emilia.perassi@unimi.it